



MEMORIA Y POÉTICAS
DE UNA EUROPA EN GUERRA, 1936-1945

José Luis ARRÁEZ LLOBREGAT
Amelia PERAL CRESPO
Juan A. RÍOS CARRATALÁ
Josep M. SANTAGREU SOLER
Rafael SEBASTIÁ ALCÁRAZ
Virgilio TORTOSA

Imagen: obra de Rafael Llorens Ferri (Fragmento del óleo anti-retrato de Pinochet)

MEMORIA Y POÉTICAS DE UNA EUROPA
EN GUERRA, 1936-1945

ISBN: 978-84-695-9582-4

SUMARIO

Presentación

José Luis ARRÁEZ LLOBREGAT, La diáspora judía en Francia: Aproximación identitaria a la literatura testimonial de expresión francesa de la *Shoah*

Amelia PERAL CRESPO, Nombrar lo inenarrable o cómo hablar de *ça*

Juan A. RÍOS CARRATALÁ, Reafirmar o cuestionar: los límites del ensayo y el documental histórico

Josep M. SANTACREU SOLER, Memoria audiovisual y testimonios de las víctimas

Rafael SEBASTIÁ ALCÁRAZ, Memoria histórica en la enseñanza primaria y en la enseñanza secundaria obligatoria

Virgilio TORTOSA, El «Ángel de la Historia» en la memoria literaria del franquismo

EL «ÁNGEL DE LA HISTORIA» EN LA MEMORIA LITERARIA DEL FRANQUISMO

Virgilio TORTOSA
Universidad de Alicante



Un cuadro enigmático de Paul Klee de 1920, titulado «Angelus Novus» y que Walter Benjamin adquiriera el año siguiente. El cuadro le habría de acompañar, incluso en circunstancias adversas, el resto de su vida hasta el mismo momento de su angustiosa muerte en 1940, tratando de cruzar la frontera con España en una desesperada huida del nazismo⁶³. Dibujado en pleno periodo de entreguerras, le servirá a Walter Benjamin para trazar toda una avezada alegoría del *ángel de la historia* en las *Tesis*,⁶⁴ que interpreta

⁶³ La acuarela suscita un temprano interés en Benjamin hasta el punto de adquirirla en 1921, y la tiene tan presente a lo largo de su vida que es fuente de inspiración, e incluso catalizador de su pensamiento filosófico en su célebre *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Ese mismo año prepara una publicación titulada *Angelus Novus* como intento de ligar la tradición talmúdica representada en el lienzo con las vanguardias artísticas. Los avatares del cuadro son múltiples en la huida de su propietario del nazismo, y tras su muerte la obra de Klee pasa a manos de su amigo Theodor Adorno que le hace entrega, conforme a la última voluntad de Benjamin, a su amigo personal y erudito de la mística judía Gershom Scholem, tras cuya muerte será donado a su vez por su viuda al Museo de Israel en Jerusalén donde se exhibe actualmente.

⁶⁴ En la Tesis IX de su *Tesis de filosofía de la historia* escribe: “Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desencajados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su cara está vuelta hacia el pasado. En lo que para

girando el rostro hacia el pasado, y allá donde cualquier espectador encontraría (representada) «una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única» (1971: 82) que arroja a sus pies escombros sin cesar. Por eso, sabemos, el ángel de la historia⁶⁵ es rebelde al volver la mirada hacia atrás al tiempo que abraza el futuro, resistiéndose al soplo huracanado del progreso, portador del viento de la devastación, pues el mero hecho de su paso por el mundo concierne la sola catástrofe.

* * *

BORRADO DE MEMORIA

La transición española pareció el momento de la memoria: vana esperanza. A igual que se vierte todo un manto de silencio sobre la realidad política recubriendo los nuevos aires democráticos, del mismo modo la literatura mira hacia adelante sin abrazar en su justa medida un pasado traumático no tan lejano de cuatro largas décadas dispuestas a olvidar en aras a los nuevos tiempos. Como bien nos recuerda José-Carlos Mainer (1994: 116), en torno a la fecha de la muerte del dictador «Grandes eran, pues [...] los poderes del pasado que los hijos de la guerra habían descubierto de sí como una suerte de cáncer inconfesable», motivo por el que el presente se hace tan *incómodo* como un futuro a todas luces -a decir de este historiador- *nada halagüeño*. Además, la década de los 80 nos mete de lleno en una ansiada normalización social respecto al resto de países europeos, que es tanto como decir que nos

nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso” (Benjamin, 1977: 82).

⁶⁵ Así denomina Benjamin su conocida tesis, una concepción pesimista sobre el devenir histórico como ciclo incesante de desesperación, tomando como referente el cuadro de Klee que adquiriera en 1921 representando al ‘ángel nuevo’ tal cual la original leyenda talmúdica. Para Stéphane Mosès el ángel representa una alegoría de la «utopía mesiánica» que se resiste a toda forma de progreso simbolizando así la catástrofe interminable; Giorgio Agamben, en cambio, identifica el ángel con el hombre moderno, que al borrar toda huella de su pasado le es imposible encontrar su lugar en la historia.

inserta de pleno en los resortes del mercantilismo de la cultura occidental, momento en el que las ideas se agotan, aparecen los miedos, las decepciones y toda clase de egoísmos. Es lo que alguno ha llamado «bloqueo de la memoria colectiva»⁶⁶; otros, en cambio, prefieren hablar de «crisis de la memoria» (Colmeiro, 2005: 13). Más aún, cabe añadir que la democracia se construye sobre un doble proceso de «olvido» oficialista de ese pasado generado bajo una hábil manipulación institucional a que somete la realidad política y cultural la propia dictadura. Su culminación será la «amnesia colectiva» decretada por la transición⁶⁷. Olvido y amnesia de lo ocurrido durante la guerra civil y una larga postguerra como condición *sine qua non* sobre la que acabará asentándose la presente democracia, ocultándose a la realidad de los vencidos, y generando la ilusión de continuidad histórica. En palabras de Colmeiro, una vez más, “borrón y cuenta nueva que establecía el reinado de la elipsis sobre unos puntos suspensivos”, o lo que también llama «reinado de la memoria-tabú» (2005: 20). La pretensión de los nuevos tiempos impone «normalizar el legado franquista en nuestra historia contemporánea, amputándole su condición de excepcionalidad, su parentesco con los fascismos derrotados en 1945 y su calificación como régimen surgido de una insurrección militar contra un gobierno legítimo» (Mainer, 1994: 124), tal como interesara a determinados sectores cómplices como el conservador, eclesiástico y el militar a modo de una suerte de inevitabilidad en la historia de España, y que tuvo a pseudohistoriadores franquistas entre sus mejores aliados (Ricardo de la Cierva), o a literatos que interiorizaron los fantasmas del régimen (Pemán, Foxá, Sánchez Mazas, Giménez Caballero, Gironella, Emilio Romero). Sin embargo, lo común «es el sincero deseo de cancelarlo [el pasado] como llaga abierta» (Mainer, 1994: 125) que es y que supura todavía en los años de la transición. Un olvido selectivo a conveniencia de una nueva realidad en la que el recuerdo no interesa ya para los nuevos fines. No olvidemos que las cuatro largas décadas impusieron un monopolio de las ideas acólitas al régimen, basado en la creación de un imaginario de grandes gestas con la asimilación de los hechos de nuestra guerra civil a los grandes hitos de

⁶⁶ Josep M^a Castellet en *La cultura española bajo el franquismo*.

⁶⁷ En alusión a intelectuales actuales, Colmeiro habla de «amnesia histórica en la España contemporánea» (2005: 14).

la historia unificadora peninsular, en un rescate interesado a prueba de historiadores, servil a sus propios fines. Un historiador de los procesos culturales del franquismo como Jordi Gracia habla de la barbarie instalada a partir de «la retórica idealizante del fascismo falangista» (2004: 15), y que inunda todo el periodo bajo un programa de reeducación y propaganda masiva. Por contra, la *resistencia* surgida entiende que sólo puede ser *silenciosa* por su imposibilidad de hacerse oír, y por surgir en todo caso «acobardada, timorata, precavida, cauta y muy poco heroica» (2004: 19) ante unas circunstancias que arrasan intelectual, moral y socialmente cualquier posibilidad de justicia histórica.

Por su parte, el llamado *consenso* de la transición será la renuncia de la izquierda (PCE, PSOE) a buena parte de su ideario en aras a una bien esgrimida convivencia de todos los españoles en un largo anhelo de sueño democrático, en lo que no pocos han bautizado esta nueva situación como *postfranquista* por haberse practicado un cambio formal en el régimen pero continuista en el contenido. Una dudosa *ruptura pactada*⁶⁸, a decir de otros, que no acaba de romper con los últimos resquicios del viejo régimen del cual venimos, y todo lo más en cambio una reforma escalonada a partir del consenso, por tanto continuista en muchas de las expresiones de poder (basta recordar la increíble similitud onomástica -de apellidos y sanguínea- de una parte sustancial de la clase gobernante durante los gobiernos de José María Aznar [1996-2004] con la cúpula dirigente franquista de la dictadura)⁶⁹. Reformismo, que no ruptura, la impuesta desde dicho consenso y desde el poder como lugar hacia el que tender, y en el que la memoria estorba de todos los propósitos democratizadores en aras a una ansiada concordia (futuro) entre todos los españoles. El cambio de régimen lo es más de mentalidad: se trata de una práctica adaptación a las nuevas circunstancias como llevan a cabo muchos gerifaltes de la derecha histórica. Esos primeros ochenta son los de la

⁶⁸ Carlos Seco Serrano habla de “prudente «ruptura en continuidad» culminada por Adolfo Suárez”.

⁶⁹ Dice a este respecto Colmeiro (2005: 21) que el «nuevo proyecto de modernidad promovido por la transición traía consigo una ruptura de imagen con el pasado, de voluntario olvido circunstancial, pero se trataba de una ruptura superficial, ya que en el fondo se mantenía una continuidad de los poderes hegemónicos sobre la que se habría de construir la transición».

transición negociada entre los restos de la dictadura y unas izquierdas traumatizadas que construyen una estrategia de reconciliación nacional aun a costa del tan cacareado desencanto de esos años. No olvidemos que una fuerza opositora minoritaria y sin mayor capacidad de imposición como el PSOE (baja militancia y fragmentación del socialismo español) irá en la transición abriéndose paso a instancias de la creciente debacle del Partido comunista (hasta entonces bien estructurado y consolidado en la resistencia antifranquista), para ello sus líderes practicarán una hábil *conversión* ideológica tras una presunta refundación practicada en el Congreso de Suresnes de 1974, de tal manera que las fuerzas se invierten surgiendo como partido fuerte, estructurado y capaz de plantear una alternativa real de gobierno a costa de dejar por el camino buena parte de su bagaje (ocupación del centro del arco ideológico para alcanzar a las clases medias). Un cambio de discurso en todos sus frentes que llevará al pragmatismo político en aras al poder omnímodo que van a representar los sucesivos gobiernos socialistas catalizados en el personalismo de su máximo dirigente, a la postre presidente del gobierno durante cuatro legislaturas (dos de ellas con mayorías absolutas en la cámara, una en minoría y otra pactando); así lo expresa quien fuera uno de los máximos ideológicos del PSOE durante esos primeros años de gobierno socialista, Luis de Velasco (1996), aportando las claves evolutivas de su propio partido en una corta travesía que va desde el tan cacareado «cambio» (lema electoral de fortuna en las elecciones de 1982) hasta la decepción (con los continuos casos de corrupción que asolan al partido del gobierno, dispuesto a morir de éxito en su iluminada misión histórica de cambiar España, cuyo máximo exponente será la célebre frase de Alfonso Guerra: «A España no la va a conocer ni la madre que la parió»). Para nada se trata de ajustar cuentas con el pasado reciente por el paralizante temor de toda la sociedad española, o como dice Colmeiro (2005: 20) por la «incapacidad de la izquierda de cambiar la historia, y la complicidad pasiva de la mayoría. Todos querían olvidar su participación, por pensamiento, obra u omisión, en ese fiasco histórico. El único consenso posible sobre el pasado parecía ser que era mejor olvidarlo». Así las cosas, y mirando hacia adelante sin necesidad ya de girar la cabeza, es el momento del naufragio de las ideologías, carentes ya de toda razón de ser, y dando al traste con el proyecto ideológico de una izquierda real allá donde se quedara (antes de la

guerra civil). Irá ocurriendo una progresiva sustitución de los últimos resquicios del régimen por una clase de jóvenes formados contra la dictadura pero que pronto se instalarán en su nueva realidad dando esquinazo a su propia ideología:

frisaban la cuarentena, habían combatido al franquismo y ostentaban una notable formación técnica de cuño anglosajón, correspondió, en efecto, el cumplimiento de una fase histórica necesaria que el conglomerado de intereses que se llamó UCD no pudo llevar a término: erradicar las numerosas trampas corporativistas o autoritarias de la legislación vigente, negociar una prepotencia más discreta para los llamados «poderes fácticos» y racionalizar ciertas «evidencias» de nuestra pertenencia al Imperio de Occidente. Toda esta tarea se ha acometido apelando a una tradición de pedagogía liberal, nacionalista y regeneradora de rancio *pedigree* hispánico (Institución Libre de Enseñanza, «generación del 98», socialismo de cátedra...), pero a despecho de una real «tradición de izquierda», de viejos sueños de unidad que se han burlado y, sobre todo, de las expectativas (todo lo confusas que se quiera) de muchos de sus diez millones de votantes (Mainer, 1994: 130-1).

Un desencanto, incluso en las propias filas socialistas, que lleva a este historiador de nuestra cultura a hablar de «bancarrotas de la 'tradición de izquierda'»; y, en última instancia, síntomas todos estos diagnosticados por el sociólogo Vidal-Beneyto de lo que llega a llamar «timo de la memoria democrática», al referirse a todo ese suceder de hechos que asientan la democracia, iniciado dirá por «decreto de amnesia general que imponen, sin necesidad de promulgarlo, las cúpulas de los partidos políticos al inicio de la Transición» (1996: 13), en tanto forma legitimadora de la llamada democracia por parte de una élite económica y política ascendente.

RECUPERACIÓN LITERARIA: RESCATE Y EXILIO

En los ochenta, con la consolidación de la democracia, cabe esperar una también normalización de aquellas escrituras silenciadas con el golpe de Estado del 39 y el nuevo orden oficial cultural imperante durante cuarenta largos años, pero la realidad será tozuda y se va a encargarse de trazar sus propios meandros alejados de lecturas que ahora resultan incómodas y ajenas a las nuevas circunstancias (antes comentadas): a la postre, el vacío ya está creado en historias y antologías literarias al uso; el pragmatismo del nuevo presente dará la espalda a toda clase de ideales del pasado. Tal es el caso de

un Manuel Ciges Aparicio⁷⁰, eslabón perdido del nuevo realismo del novecientos respecto al viejo decimonónico, al parecer definitivamente alejado del gran público y de las colecciones literarias populares, del popular escritor naturalista de principios de siglo Felipe Trigo, o de José Díaz Fernández⁷¹. Otros escritores como Manuel Chaves Nogales, Rafael Cansinos Assens no serán recuperados sino hasta muy recientemente. En paralelo, y superados viejos estigmas, destacados ideólogos del régimen como los escritores Sánchez Mazas y Foxá también gozarán de una revivificación de última hora. Otros escritores nada gratos para el régimen como Unamuno, Valle-Inclán, A. Machado, Blasco Ibáñez... han tenido su continuidad lectora sin mayores aspavientos (bien que el teatro del segundo hubiera de esperar a la transición para ser representado, aunque también actúan causas estéticas de dificultad añadida).

De otro tenor será ese gran vacío de la historiografía reciente -en antologías e historias literarias- que son los autores del exilio, ausentes durante décadas en buena parte, reducida su obra a tópicos en otros casos, despachada muy superficialmente por desconocimiento o ausencia, o simplemente ninguneada según el caso. Al tiempo que se consolida el proceso democrático español se recupera paulatinamente esa *otra* literatura desaparecida de la oficialidad del régimen anterior o todo lo más ofrecida a cuentagotas hasta ese momento como es la de esos escritores exiliados tras la derrota franquista del año 39. Algunos de ellos como Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Max Aub, Ramón J. Sender, Arturo Barea, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Paulino Massip, Juan Larrea, Corpus Barga, Josep Carner, marcharon para no regresar más (sino en algún caso puntualmente). Otros regresan en circunstancias más favorables, progresiva y discretamente, o a partir de la amnistía promulgada en 1977 que permite la transición, como es el caso de Francisco Ayala, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Ramón Gaya o José Bergamín. El caso de Vicente Aleixandre resulta excepcional por practicar una

⁷⁰ Paradójicamente recuperado magníficamente en el marco universitario con una tesis doctoral de lujo por parte de Cecilio Alonso, e incluso editando la Generalitat Valenciana, junto con el Instituto Juan Gil-Albert, su obra completa en los ochenta.

⁷¹ Todos ellos recuperados en la colección de la Editorial Turner «La Novela Social Española».

suerte de exilio interior que le permite sin mayores complicaciones continuar publicando su obra de una forma asidua, ser referente de jóvenes poetas nacionales, e incluso recibir el más alto reconocimiento literario por parte de la Academia Sueca el año 1977 recién enterrado el dictador; también es el caso de un represaliado como el dramaturgo Buero Vallejo, quien sorteará la censura e irá estrenando buena parte de su teatro. Insiliados ilustres serán Juan Gil-Albert, quien comienza su recuperación, tras largos años de silencio, en la temprana transición, el catalán Pere Quart, así como Rafael Cansinos Assens con otra suerte.⁷²

Pero no será hasta los noventa cuando figuras destacadas de ese exilio republicano comiencen a ser recuperadas en toda su extensión (antes, desde los sesenta comienzan a entrar en España obras de estos exiliados llegadas desde sus respectivos lugares de publicación), en una suerte de normalización tardía de su obra (por parte editorial, crítica universitaria y público), tales como Max Aub, Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala, Benjamín Jarnés, o incluso Pérez de Ayala. Ello significa reescribir la historia de la literatura española contemporánea donde los exiliados habían tenido mal encaje —o desigual— por razones obvias: una labor ardua y progresiva que se está construyendo en estos momentos. Más allá de mártires de la guerra como García Lorca, Antonio Machado o Miguel Hernández leídos en las trastiendas de las librerías pero en circulación más o menos asidua, poetas como Cernuda, Alberti, Larrea, Blas de Otero gozarán del favor de público y editorial en una suerte de normalización. Revisiones en forma de congresos universitarios e institucionales, ediciones y conmemoraciones tendrán un valor activador de esas obras. Particularmente significativa será la recuperación que lleve a cabo el grupo Gexel desde principios de los noventa, Grupo de Estudios del Exilio Literario radicado en la Universidad Autónoma de Barcelona y dirigido por el filólogo Manuel Aznar, apostando por la recuperación de la memoria histórica, cultural y literaria del exilio español del 39 con congresos, publicaciones y actos en un material hoy sin duda de enorme valía por su capacidad recuperadora de figuras y escrituras desaparecidas durante décadas.

⁷² Jordi Gracia ha historiado el proceso de “La cultura del exilio”, en *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz. Madrid: Ed. Síntesis, 2001, pp. 187-198.

La editorial Renacimiento, ligada a la librería anticuaria regentada por Abelardo Linares, junto con la gallega Edicións do Castro, emprenden a principios de siglo XXI la labor de crear toda una Biblioteca del Exilio cubriendo un vacío editorial notorio en nuestro país, poniendo en circulación ilustres transterrados como Max Aub, Luis Cernuda, Pedro Salinas, León Felipe, José Bergamín, María Teresa León, Benjamín Jarnés, Eduardo Zamacois, Paulino Masip, Juan Chabas o María Zambrano con otros mucho menos conocidos como Juan Chabás, Juan Rejano, Lorenzo Varela, Esteban Salazar Chapela, Carmen de Zulueta o Eugenio F. Granell. Poco después comienza a funcionar una nueva colección titulada Biblioteca del Rescate para libros y autores que quedaron en el olvido como Guillermo de Torre, Alejandro Sawa, M. Ciges Aparicio, Corpus Barga, Isidoro L. Lapuya, Pedro Garfias, Ciro Bayo, Pedro Luis de Gálvez, etc. Una labor impagable por quedar al margen de modas y mercado, recuperando la memoria literaria del siglo XX. Hoy el exilio cuenta con un respaldo masivo incluso en Internet, donde por ejemplo la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes cuenta con un portal dedicado llamado también ‘Biblioteca del exilio’⁷³. Un proceso en marcha de digitalización y conservación electrónica para su amplia difusión de toda clase de documentación sobre exiliados (desde fotografías, diarios, cartas, hasta manuscritos, grabaciones audiovisuales, etc.). Dicho portal cuenta con un amplio catálogo que pone en red estudios destacados y autores.

MEMORIA LITERARIA DEL FRANQUISMO

En los ochenta la cultura emprende la recuperación de una siempre menos conflictiva memoria personal que avanza por la senda de —en palabras de Mainer [1994: 153 y ss.]— una «reprivatización» de lo literario, en consonancia con los más diversos aspectos de la cambiante realidad española, para introspeccionar lo personal del sujeto “por la vía de sus sentimientos” (Mainer, 1994: 153). Para ello se toma como referencia a sus mayores de la Generación del 50 que habían practicado una escritura cuyo motor sólido es una memoria personal y social de la grisácea postguerra que les toca vivir. Todo lo contrario, en la llamada «poesía de la experiencia» que arraiga con la consolidación de la democracia la memoria va a ser pieza fundamental en la reivindicación del

⁷³ <http://www.cervantesvirtual.com/bib/portal/exilio/>

espacio (de goce) estrictamente personal, dentro de la ideología individualista que prospera por entonces (juventud fracasada, adolescencia con lamento nostálgico y melancolía que tiñe el pasado). No hay el menor atisbo de memoria colectiva o histórica.

Por otra, poetas contemporáneos destacados como Andrés Trapiello (*Las tradiciones*, 1991) y Julio Martínez Mesanza (*Europa*, 1986) apelan a un pasado lejano como forma de huida del presente, pero con connotaciones sacralizadoras de ese pasado y voluntad esencializadora del tiempo (lejos de toda intención reconstructiva), incluso llegando a cantar la inmovilidad parmenideana más absoluta en un poemario como *Acaso una verdad* (1993), de Trapiello, y el lamento por el desolador paso del tiempo. Bucolismo y espacialización idílica dentro de la tradición poética castellana dan la espalda a todo presente, e incluso futuro para alinearse con los tópicos castellanos ancestrales de la lírica. O la concepción épica de un (anti)héroe anónimo, entre leyendas y tradiciones ancestrales, de un poemario en crecimiento de Julio Martínez Mesanza titulado *Europa*, que busca el esplendor de la vieja civilización rebuscando entre las leyendas más antiguas de los escombros de la Historia, con el fin de ensalzar un modo de vida acorde con los imperios (romano, galo) que hicieron supuestamente grande al viejo continente -así titulado el poemario-, además de no faltar glorias de grandes guerreros y santos.

Otro tipo de ejercicio memorístico ficticio bien diferente es el que vendrá dado a través de uno de los máximos representantes del nuevo realismo en los ochenta, continuador de maestros del realismo rural como Miguel Delibes, Julio Llamazares, quien narra en *La lluvia amarilla* (1988) la última noche de vida del último habitante de un pueblo abandonado del Pirineo oscense (que resiste en su agonía en el lugar y en la casa que le vio nacer), y bien que lo hace remontando el curso del tiempo, la acción se ubica en los años cincuenta y sesenta de forma ambigua tal cual la memoria personal del protagonista en su soliloquio. Como las hojas que caen en otoño, la lluvia amarilla se constituye en símbolo potente de ese fluir temporal y del olvido de la memoria (con la desaparición de la vida sobre el lugar) de su último y solitario morador que con su leve hilo de vida todavía sostiene el recuerdo vivo. Narración de la vida rural en la España de postguerra pero también alegoría de una vida tranquila en

armonía con su hábitat y que da cuenta a través de un relato personal o una intrahistoria de ese fenómeno de despoblamiento del ámbito rural en la España de los años cincuenta y sesenta.

En las antípodas, y frente a ese olvido selectivo en el que se instala la realidad española -antes dicha- con la consolidación de la democracia, Manuel Vázquez Montalbán en 1985 publica *El pianista*, donde el franquismo ha robado a su protagonista buena parte de su identidad histórica y cultural dejándole varado en una suerte de dignidad personal que se vuelve esquizofrenia a la primera de cambio con la aparición de las sombras del pasado. Todo un ajuste de cuentas ya donde la memoria va a ser mecanismo social de primer orden.

Una novela merecedora del Premio Planeta en 1991 titulada *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina, bajo el *leitmotiv* del cuadro de Rembrandt que da título a la novela y que subyace a lo largo de sus páginas metafóricamente, estructura una complejidad de tramas y voces narrativas contando de manera biográfica la saga familiar del protagonista retrotrayéndose a la República y narrando sucesivas etapas históricas generacionales en lo que va a resultar un enciclopédico ejercicio memorístico del pueblo español a través de las más diversas sagas genealógicas ubicadas en la imaginaria ciudad de Mágina, trasunto de su Úbeda natal. Si bien su anterior trayectoria narrativa también se nutre de la memoria, en esta enciclopedia de la memoria del siglo XX español la ligazón amorosa -presente de la narración- entre los protagonistas (Manu y Nadie) se fundará precisamente sobre el complejo andamiaje de la memoria proyectándose cual ángel de la historia sobre el futuro a construir. De la reconstrucción de esta memoria depende el presente en un amplísimo ramillete de toda clase de evocaciones (sensitivas e imaginativas) que se retrotraen hasta ascender al recuerdo de su bisabuelo, Pedro Expósito, a quien nunca conoció en vida, así como a personajes antiguos que poblaron el lugar tejiendo los antecedentes del presente. Pero dicha reconstrucción se lleva a cabo bajo la conciencia de la inevitable invención de recuerdos allá donde la memoria se hace maleable («Pero ahora imagino cautelosamente el privilegio de inventarme recuerdos que debiera haber poseído», dirá el protagonista [1991: 194]), por lo que ese ejercicio memorístico acaba convirtiéndose en una premeditada estrategia de mentira, que es tanto como decir de ficción o

creación, la de la trama o por extensión de la novela entera que pasa por ser (auto)biográfica. Porque la memoria en la escritura narrativa puede crear la realidad, sabedor -cual *ángel de la historia*- de la fragilidad de los tiempos y de un futuro incierto sin ese pasado recuperado. El laberinto de sus propios recuerdos por los recovecos más inescrutables, merced a una compleja y caprichosa operación reestructora del tiempo, permite al protagonista esclarecer zonas ocultas de su identidad pasada y de su herencia memorística hasta entonces sin desvelar, consciente plenamente de que sin ella fracasa todo proyecto sólido de futuro. Bien que la memoria de Mágica y de sus gentes en el recuerdo es lineal, plana, progresiva (como diría Benjamin), el presente del relato desde donde evoca, a la distancia suficiente como para no salpicarse, ha dejado de actuar esa implacabilidad del recuerdo como una maldición y se hace éste rugoso, maleable, discontinuo. Memoria e invención serán, pues, acicates del protagonista pero también rasgo distintivo de la escritura de su autor en una suerte de reconstrucción histórico-literaria que a la postre es identitaria (del protagonista y por extensión del pueblo español que vivió una suerte semejante). Una lucha a toda costa contra la desmemoria para asentar la base y fundamento sólido de un presente cambiante y maleable acorde con los nuevos tiempos de la asentada democracia.

E. Alonso en *Villahermosa* (1993) estructura un relato teniendo como eje de la trama argumental a la memoria, con continuas evocaciones de su protagonista femenina, Elvira (hija de exiliado republicano en México), quien realiza un viaje a la ciudad natal que da título al relato, desencadenante proustiana de una serie de sensaciones al recordar el paisaje de su infancia y el de sus ancestros teniendo como centro al ausente. Es, pues, un viaje reconstructor de la identidad (truncada, disgregada), definitivamente fragmentada con el exilio («Había vuelto para buscar en Villahermosa a una niña que se llamaba como yo. Aunque habían pasado más de veinte años, me preguntaba qué quedaba de la niñez en la mujer que ahora era, cuánto hay de permanente en lo fugaz», narrará su protagonista bajo sospecha continua de la «falsedad de la memoria» al tergiversar los recuerdos y convertirse en fábulas: «aquella sucesión de Elviras perdidas: la niña sin fronteras, la adolescente confusa, la novia inexperta, la madre instintiva, siempre en vilo, pendiente de sus hijos» [Alonso, 1993: 6]). Una viaje en la escritura que se simultanea con el

viaje físico al lugar de sus ancestros para precisamente esclarecer su propia identidad.

Más tardíamente, Juan Eslava Galán, en *La mula* (2003), relata cómo un cabo encuentra una mula en tierra de nadie durante una de las últimas confrontaciones planificadas por el gobierno republicano, en 1939, tratando de abrir brecha en el frente franquista del suroeste peninsular. Basada en la historia real del padre del escritor, su ficcionalización inevitable lleva a plantear a su autor la necesidad de -un ser sin ideología y atrapado en una guerra absurda- aferrarse a algo, en este caso a una mula encontrada, para sobrevivir a los duros hechos cotidianos de la guerra.

EL MOMENTO DE LOS NIETOS

La aceleración de la historia con la transición, una rápida evolución de la sociedad española, refuerzan una disociación con el pasado que lo ve ahora lejano y problemático sin posibilidad alguna de acoplarse con un presente complaciente y conformista que dará lugar a lo que se han llamado los años del *desencanto*. La memoria histórica que había funcionado durante el final de la dictadura, e incluso durante los inseguros años de la transición, deja de funcionar al no tener la menor posibilidad de ser alternativa alguna a la nueva oficialidad, de ahí que se instalara una suerte de amnesia colectiva implícita: «la memoria no fue capaz de llevar a su lógico objetivo final de recuperación de la conciencia histórica que vendría a enjuiciar colectivamente el legado del pasado franquista y su peso sobre el presente», dice a este respecto Colmeiro (2005: 21). Desactivada la memoria, establecida la «cultura del olvido»⁷⁴, devaluada en el mercado cultural, todo parece indicar que sólo es posible pensar el futuro y dejar atrás lo conflictivo por problemático. Sin embargo, el propio Colmeiro (2005: 22) admite paradójicamente una inflación de memorialismo acorde con las sociedades avanzadas como mecanismo compensatorio del tándem memoria-amnesia que dice ser característico de las sociedades de masas actuales por su intrincación mutua. Sabido es que la cultura postmoderna echa mano de la nostalgia y el reciclaje de pasado como

⁷⁴ Expresión afortunada de Colmeiro (2005: 22), a lo que sigue incidiendo que «la memoria histórica es una mala inversión de capital cultural sin rentabilidad política».

material de primer orden para su proyecto hibridador: la enfermedad memorística en forma de conmemoración o aniversario (ritual celebratorio, museísmo, coleccionismo de *souvenirs* y monumentalismo) está a la orden del día en nuestro tiempo. Entramos en la era de la *memoria-fetiché* perfectamente acomodada al presente «como sustituto o compensación a esa ausencia de memoria» (Colmeiro, 2005: 22). Inflación, pues, memorística que produce el efecto automático de devaluación cualitativa de la misma.

Frente a ello, los nietos de las víctimas han alzado su voz con fuerza inusitada, más allá de esa memoria de escaparate, devaluada o sentimental para construirla en su plena crispación y vigencia, reivindicando el cuerpo de sus seres queridos ausentes desde hace más de sesenta años, sin espacio en los cementerios donde llevarles flores o relato veraz y coherente que certificar. Son, pues, precisamente quienes carezcan prácticamente de la menor conciencia de lo que supuso en sus propias vidas la dictadura (algunos apenas vivieron de niños el último periodo del régimen), para quienes ese oscuro tiempo apenas es una lección de historia, una lectura novelada, sesión fílmica o teleserie en pequeña pantalla sin que les llegue a salpicar el recuerdo directo (Gracia, 2004: 17) los que recuperen con todas sus consecuencias la memoria del franquismo en sus diferentes etapas. Estos nietos de las víctimas ya no lo hacen para «vengar la victoria ni mitificar la derrota» sino con objeto de «inspeccionar libremente el pasado sin protegerlo» como hará en su ensayo Jordi Gracia (2004: 18). Simplemente quieren saber: saber quiénes fueron esos sujetos vacíos en la memoria familiar por pesar demasiado la laguna, o para comprender desprejuiciadamente la dimensión del asunto, más allá de toda explicación oficial en los libros de historia.

Manuel Rivas ha dirigido en varios momentos su pluma narrativa hacia diferentes periodos tratando de comprender. El libro de relatos *¿Qué me quieres, amor?* (1996) contiene un relato titulado «La lengua de las mariposas» que dirige sus dardos a esos olvidados del conflicto, en buena parte represaliados, que fueron los maestros de escuela cuya labor resulta esencial para la formación del futuro ciudadano y que dejan honda huella en los niños al transmitirles una sabiduría que irán descubriendo con los años. Esta historia ambientada en los inicios de la guerra civil, focalizada en un maestro prototípico de la República y su concepción pedagógica observadora (heredero

del espíritu progresista de la Institución Libre de Enseñanza), anticipa la lucha cainita entre españoles en la España rural. Por otra, su novela posterior *El lápiz del carpintero* (1998) narra la historia de amor al principio de la contienda entre la hija de una familia de derechas y un médico republicano preso en la cárcel de Santiago de Compostela, focalización de la brecha abierta con la contienda.

La exitosa *Soldados de Salamina* (2001), de Javier Cercas, es una novela de indagación y testimonio en la que se mezcla un episodio histórico de la contienda con conjeturas que la acercan a la ficción inventada. Dicho episodio narra, al final de la contienda, el frustrado fusilamiento del ideólogo de la Falange Española Rafael Sánchez Mazas por un grupo de republicanos en su huida a Francia, y las conjeturas posteriores de quien en un acto humanitario y enigmático le perdona la vida de una muerte segura. La novela indaga en la búsqueda del verdadero sentido de la historia colectiva de un pueblo como el español por cuanto la guerra civil, lejos de ser una historia acabada, se proyecta sobre el presente tratando de buscar el sentido enigmático a hechos pasados que difícilmente pudieran ser objeto de interpretación racional.

De cariz social, *La larga marcha* (1996), de Rafael Chirbes, es la primera novela de una trilogía que remonta el tiempo desde el inicio de la posguerra hasta el final de la pesadilla franquista. Un mosaico conformado por seres anónimos que portan el dolor y la humillación de la derrota al tiempo que aprenden a sobrevivir, y evidencia los oscuros mecanismos personales y colectivos de la historia de una grisácea posguerra y su resistencia antifranquista en los sesenta.

Dulce Chacón en *La voz dormida* (2002) focaliza la dura posguerra (hasta principios de los sesenta) a través del inútil sufrimiento de republicanas en cárceles franquistas en los años posteriores al final de la contienda a partir de hechos reales acaecidos en la cárcel de mujeres de las Ventas que se enfrentan a la tortura, humillación y muerte. Chacón indaga en el papel protagonista de quienes históricamente habían sido relegadas al ámbito doméstico y que durante la República y en la guerra civil alzan su voz para luchar por un mundo más justo, bien fuera en la retaguardia bien en el frente de combate dando cuenta de su valía y capacidad de sacrificio.

Alberto Méndez compuso el libro de relatos *Los girasoles ciegos* (2004) articulado con cuatro historias (de derrota) que transcurren en la inmediata

posguerra y que aun siendo totalmente independientes están hábilmente tramadas a partir de historias que se entrecruzan en los relatos en una suerte de continuidad. Sus protagonistas, seres vencidos, sin vuelta atrás, dan cuenta de una vida en resistencia llevada al límite y lastrada por una cruel contienda que aboca sin remedio a una omnipresente muerte destructora. Ejercicio memorístico de primer orden con el que enfrentarse a la vileza de una represión castradora de vidas.

Antonio Muñoz Molina vuelve a la memoria histórica con *La noche de los tiempos* (2009) remontándose a la sociedad española en tiempos de la República a través de un anónimo ciudadano (arquitecto y de izquierdas) y trazando una ficción contada en una primera y laberíntica persona. Desde la distancia de EEUU donde ha ido a dar clases, reconstruye coralmente las pugnas ideológicas irreconciliables que acabarán en la guerra civil en un odio cainita sacando los instintos primitivos más ocultos del ser humano. Por la novela pasan personajes históricos y no tanto que dan cuenta de una amplia galería de tipos de época. Se narra el Madrid asediado y el exilio que augura el fin de la contienda a través de este personaje pero que a la postre es trasunto de ilustres exiliados como Salinas, Barea, Chaves Nogales, José Moreno Villa o incluso de arquitectos también transterrados como Josep Lluís Sert o Luis Lacasa

En el *Corazón helado* (2007), Almudena Grandes novela la postguerra y el trauma de la memoria personal e histórica del presente a través de dos familias cuyos antepasados guardan el secreto sobre el que construyeron sus vidas y que emergen inevitablemente. En *Inés y la alegría* (2010) narra uno de los episodios menos conocidos de la memoria histórica de la inmediata postguerra (1944) con el intento de invasión desde Francia por el Valle de Arán de un ejército de guerrilleros organizado por el PCE en el exilio, en la antesala del fin de la contienda mundial, 1944, con la inocente idea de que irán sumándose no sólo españoles que les salgan al paso sino también las potencias involucradas en la resolución del conflicto mundial.

Isaac Rosa ha novelado la memoria en novelas como *La malamemoria* (1999), *El vano ayer* (2004) u *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* (2007). En *La malamemoria* novela una postguerra libre de hipotecas de relatos al uso melodramático y tópicos transmitidos hasta el punto de negar cualquier

posibilidad de memoria redentora. A partir de unos versos de Antonio Machado que inspiran el título de *El vano ayer* («El vano ayer engendrará un mañana / vacío y ¡por ventura! Pasajero») se constituye una trama contra la memoria hegemónica de la última fase del franquismo bajo una técnica indagadora. Con su publicación acompañó un texto independiente en el que da cuenta de su intención en los siguientes términos: «a la carencia de recuerdos se une la insatisfacción acerca de la oferta de recuerdos disponibles», por lo que se propone «una memoria reflexiva, autocrítica, diseccionada. [...] Escribir lo que no recuerdo, pero también lo que otros no recuerdan, aunque deberían»⁷⁵. Bajo el título insólito de *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* se esconde un texto complejo que funciona a manera de intertextualidad o relectura de su primera novela *La mala memoria* trazando con humor ácido una reflexión sobre la escritura, la lectura y sobre los convencionalismos literarios (sus argumentos esquemáticos) aplicados a los ya numerosos relatos existentes sobre la guerra civil española. Así que un lector impertinente se cuele y boicotea el texto de su primera novela, burlándose de su autor y poniendo de manifiesto sus defectos y tópicos, incluida la elección argumental, el estilo, la ambientación e incluso citas.

En poesía, uno de los mayores dinamizadores de lo que se ha llamado «poesía de la conciencia», el onubense Antonio Orihuela, recupera de su propia memoria familiar la represión franquista en su pueblo (Moguer) con abuelo represaliado incluido y aborda sin tapujos la cicatería de la memoria en sus versos, siempre desde perspectivas críticas e inasumibles del conflicto armado que asoló España: «En 1936 a Antonio Orihuela lo vinieron a buscar / en un camión. // Delito: -Ser amigo del alcalde socialista. / -Haber abierto un Casino Popular. // Le pegaron dos tiros / y en paz. // Como Ángela Benabat / no dejaba de gritar, / un muchacho le estuvo dando culatazos, / con su máuser, / en la cabeza, / hasta mancharse su bonita camisa azul. // Por los mismos conceptos/ su nieto tendría ahora un trabajo fijo en el Ayuntamiento, / y estaría forrado / a base de estrujarles el alma / a cinco trabajadores, / -siempre menores de veinticinco años- // A su mujer / le dirían: *Señora*. // Este poema se llama / Historia de España» (2001: 82-3). En otros casos se denuncian hechos

⁷⁵ Cf. Ignacio Echevarría, «Una novela necesaria», *El País*, 12/06/2004.

puntuales de la guerra civil como la atroz carnicería efectuada por las tropas sublevadas al tomar Badajoz, con fusilamientos masivos en su plaza de toros, integrándolos en el espacio del presente de la escritura y marcando un insólito paralelismo con el proceso escritural poético: «Bajando por Arco Agüero / desde el Garaje Pla hasta la Plaza de Toros. / Hoy, 18 de Julio de 1996, / me estremezco al pensar / en lo que han sido estos sesenta años / también para la poesía. // El silencio cómplice del canto de la belleza» (2001: 84). Un sujeto que toma conciencia de la historia lastimosa del pueblo español: «Al pie de esta foto / que a buen seguro saldrá desenfocada y movida / como la propia Historia / cada vez que pretendemos fijarla, pondremos: // *Trincheras del Ejército Republicano en el frente de Extremadura. / Piedraescrita. La Serena. Badajoz.* // [...] No bastaba con haber liquidado el enemigo: / había que borrar también sus huellas, / reducir aquella guerra / a ajuste de cuentas con fantasmas rojos, ateos e invisibles, / que tanto desorden habían traído a España. // Sí, así contribuyo también al olvido» (2001: 85) para acabar el poema sentenciando sin empacho alguno: «Iglesia, Fascismo y Puterío / los tres pilares de este país / que quiso derribar un día / la bala / que llevo / en el bolsillo» (2001: 86).

Poemas donde a la actualidad le sale al paso el pasado truncado: «Va a tener razón Anguita / y debería venir la República, Mateo Morral, el hombre del saco / los cuatro jinetes del Apocalipsis...» (2001: 76), insertando en el propio poema voces anónimas de la calle: «—Aquí hubo una revolución hace sesenta años. / (Me dice un vejete del asilo donde hago la sustitutoria)» (2001: 77).

Su poesía es una continua toma de conciencia ante la realidad y un auténtico ajuste de cuentas con nuestro tiempo: «Moría Franco / y nosotros, afortunadamente, no teníamos ni puta idea de política, / no tuvimos que correr delante de los grises / para justificar después / habernos convertido en pequeños fascistas, / porque, al fin y al cabo, / sólo de pequeño fascista se puede seguir soñando / con pagar los plazos de una segunda vivienda».⁷⁶

En *Cartas de amor de un comunista* (1999) de Isabel Pérez Montalbán, si bien pesa el contexto socio-político del momento en que fuera escrito una década antes de su publicación (caída del Muro de Berlín y desintegración de

⁷⁶ En Ángel Sierra, *Antología Poemas para cruzar el desierto*. Oviedo: Línea de Fuego, 2004, nº 12 pág. 253.

toda una ideología) el trasfondo social es visitado desde la reflexión autocrítica del sujeto poético a la propia vida donde comienza la toma de conciencia del individuo, donde la memoria histórica no es más que un instrumento terapéutico para seguir construyéndose en la sociedad. Por ejemplo, el poema «Infancia» da cuenta de los engaños de la identidad: «Conocí mi infancia muy tarde, / cuando no me quedaba / más que el febril deseo / de recordarla o de inventarme / mis hogares, la inclusa, / los sucesos y mis orígenes / felices, si existieron. O la pena transida, / sepultada en lo estéril» (1999: 23). Es una memoria personal que sólo empieza a tener sentido en el seno social donde se produce, de ahí que todo poema tenga un paratexto -inicial o final- sin la menor aparente relación y con alusión a algún hecho histórico no más allá de la vida de la autora (años setenta, ochenta y principios de los noventa). Es el caso del último poema del libro, titulado «Carta última (Asilo)» donde el sujeto poético dice tener que «aprender renunciando», sentenciando finalmente: «Mis ruinas se fragmentarán dóciles frente a tu mirada, y así podrás rehabilitar castillos como trasteros, en los que ocultarnos de ese fantasma que recorre los continentes y de cuyo nombre no quiero acordarme». Para acto seguido el paratexto que acompaña refiere en el día que llega a casa, en 1992, a las más diversas revoluciones políticas del siglo XX: 1917 (Petrogrado), 1936 (España), 1959 (La Habana) y 1974 (Lisboa).

También la dramaturgia joven ha indagado en los territorios de la memoria colectiva como hiciera la sala madrileña Cuarta Pared que encarga a los dramaturgos Yolanda Pallín, Javier G. Yagüe y José Ramón Fernández, con dirección del segundo, el montaje de lo que finalmente será una *Trilogía de la Juventud*. En la primera entrega, *Las manos* (1999) abordan la generación y la memoria de sus abuelos en vivencias comunes dentro de una vida rural definitivamente arrumbada; en la segunda, *Imagina* (2001), la de sus padres con el único fin de entender el presente indagando en el pasado común.

POR IR CONCLUYENDO

Dado que, somos consciente, estos son unos pocos de los muchos ejemplos de literatura desarrollada en torno al conflicto memorístico de la historia de España del siglo XX, sin vocación de agotarse en sí mismos, al menos ejemplifican a la perfección la latencia de un hondo conflicto que por mucho

cuidado puesto con la transición democrática en echar tierra emerge de su lecho, y todavía mal enterrado, sigue inficionando el aire que respiramos; la literatura no hace más que dar cuenta de ello en este puñado de autores mencionados. José F. Colmeiro advierte que «no se puede simplemente pasar la página y mantener el reinado de la elipsis permanente, pues para poder olvidar o, mejor dicho, superar el pasado es necesario primero enfrentarse y asumirlo con todas sus luces y sombras» (2005: 24). Por eso, ajustar cuentas con su pasado no es sacar trapos sucios para entrar al embiste sino hacer justicia con los hechos. Es por eso que se ha preferido una tranquilizante memoria fetiche o museística de veneración bajo las leyes del consumo. Motivo por el que sentencia José F. Colmeiro al inicio de su estudio: «La Transición ha venido a ocupar el lugar histórico preferencial en la memoria colectiva, como nuevo mito fundacional sobre el que se ha construido el presente, borrando efectivamente los rastros del pasado y con ello una pieza fundamental de nuestra identidad histórica». Todo lo contrario, pensamos y sostenemos aquí, la memoria es un mecanismo delicado y sutil, caprichoso y embaucador, que no deja en paz ni siquiera a sus muertos. Por eso, el mero ejercicio, preferentemente de los nietos de los represaliados del conflicto, emerge con apabullante fuerza en la ficción de nuestro tiempo y como fenómeno insólito que pretende conflictualizar una historia de la que se sienten herederos. Porque esa memoria en Antonio Muñoz Molina, Javier Cercas, Eduardo Alonso, Isaac Rosa o Antonio Orihuela entre otros, está condicionando indefectiblemente el presente, construyéndose en dialéctica continua inevitable.

Frente a esa concepción histórico-política que repudiara Benjamin en la que la historia es un gran «cortejo triunfal en el cual los dominadores de hoy pasan sobre aquellos que hoy yacen en tierra», dado que toda «presa» siempre «es arrastrada en el triunfo» (1971: 81), en el polo opuesto, donde se sitúa, sólo el punto de vista de los vencidos, la emergencia de la tradición oprimida (víctima de toda opresión o dominancia ya política, laboral, étnica o religiosa) empezará a dar pleno sentido a los hechos acaecidos. Por eso en la *Tesis VII* escribe Benjamin que la «misión» del historiador no es otra sino «pasar por la historia el cepillo a contrapelo». De ahí que remede a Marx tantas décadas después en los términos conocidos: «No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie» (1971: 81). En el fondo de su tesis reside la idea

materialista de que el tiempo ya no puede ser por más *tiempo* lineal, ininterrumpido, sometido a la flecha de su propia linealidad, sino construcción ideológica ajena a toda materialidad que la genere. Benjamin, pues, de ese modo traslada la esperanza (frente al tiempo mesiánico) de las generaciones pasadas a una que se dirige hacia nosotros. Nuestro tiempo no puede ser más el del Juicio Final por lo que no debemos esperar sentados nuestra propia muerte para poder acercarse a los hechos. El *ángel de la historia* mira para atrás no ya tanto porque resulte epistemológicamente imposible conocer el futuro sino por la necesidad ineludible de todo humano de conocer el pasado (más allá de toda oficialidad histórica) con el fin de entender la realidad presente. Por eso, sólo cabe argüir aquella idea judaica (originaria en la concepción de su *ángel de la historia* de Benjamin) de que cuanto fuera derrotado, reprimido, olvidado bajo el manto oficial de la historia, lejos de su desaparición aguarda su rescate: una posibilidad de redención con la transformación venidera de ese pasado.

Igual que para el pensador alemán, la historia no es ya la visión optimista de una permanente marcha hacia la realización final de la humanidad representada en la figura del «Ángel del Progreso» siempre mirando de frente el porvenir y batiendo sus alas victorioso, al tiempo que porta triunfal y solemne la antorcha del progreso, barriendo a su paso cuantos impedimentos obstaculizan su consecución, la historia más bien resulta discontinua, fragmentaria, multidireccional, donde los abruptos pliegues y repliegues parecen más desgarramientos que aparente homogeneidad. Sólo desde esa perspectiva, el instante presente, el «aquí y ahora» cobra importancia primordial sin necesidad de ser hipotecado por el proclamado final de los tiempos. Así, frente a la moderna e ilustrada idea de tiempo como permanente, unidireccional e ininterrumpido progreso histórico -un tiempo continuo, lineal, homogéneo e infinito, (tiempo absoluto u objetivo, totalizante)-, el *ángel de la historia* de Walter Benjamin⁷⁷, con su mirada vuelta sólo ve una catástrofe

⁷⁷ Una teoría que pudiéramos llamar extemporánea por retar al pensamiento político-histórico establecido hasta ese entonces donde niega toda linealidad temporal (continuidad, causalidad, progreso) de la historia y la piensa rugosa y discontinua. El «Ángel de la historia» mira hacia el pasado descubriendo la barbarie allá donde la historia sólo es capaz de percibirse como un *continuum*, motivo por el que el ángel sobrevuela horrorizado las cenizas que arroja dicho

única que arroja a sus pies ruina tras ruina, el modo en que las cosas «siguen adelante» inalterables.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

ENSAYO:

BENJAMIN, Walter (1971). *Angelus novus*, Barcelona: Edhasa/La Gaya Ciencia.

COLMEIRO, José F. (2005). *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

GRACIA, Jordi (2004). *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.

MAINER, José-Carlos (1994). *De postguerra (1951-1990)*. Barcelona: Crítica.

SECO SERRANO, Carlos (1996). "La corona en la transición española", en *Historia de la transición. 1975-1986*, J. Tusell y A. Soto (eds.). Madrid: Alianza, 1996, pp. 138-158.

VELASCO, Luis de (1996). *Políticas del PSOE 1982-1995. Del «cambio» a la decepción*. Barcelona: Icaria.

VIDAL-BENEYTO, José (1996). "El timo de la memoria", *El País*, 26/10/1996.

FICCIÓN:

ALONSO, Eduardo (1993). *Villahermosa*. Madrid: Espasa Calpe.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (1991). *El jinete polaco*. Barcelona: Planeta.

ORIHUELA, Antonio (2001). *Piedra, corazón del mundo* (Antología personal 1995-2000). Alzira: Germanía/Hoja por Ojo, 14.

PÉREZ MONTALBÁN, Isabel (1999). *Cartas de amor de un comunista*. Alzira: Germanía/Hoja por Ojo, 8.

pasado al tiempo que -arrastrado por la vorágine del progreso- le resulta imposible escapar del futuro. Una atalaya singular esta nueva concepción de historia al entrelazar memoria e identidad asentada sobre la inseparable encrucijada del pasado, futuro y presente.